

015. Cómo nos mira Dios

Una de las escenas más importantes del Evangelio nos revela todo el plan de Dios sobre nosotros. Es el bautismo de Jesús por Juan en el Jordán. Sale Jesús del agua, se rasgan los cielos, aparece sobre Él en forma de paloma el Espíritu Santo, y se oye la voz del Padre:

- *¡Este es mi Hijo queridísimo, en quien tengo todas mis complacencias!*

Nosotros podríamos seguir el pensamiento de Dios Padre:

- *¡Este es mi Hijo, que me hace tan feliz!... ¡Este es mi Hijo, que me quiere tanto!... ¡Este es mi Hijo, tan rendido a su Padre!... ¡Este es mi Hijo, tan perfecto, tan cabal, que no se le encuentra una mancha, un defecto!... ¡Este es mi Hijo, tan bueno, tan santo, tal leal, tan bello! ¿Cómo no voy a amar a un Hijo como este Hijo mío?...*

Aunque estas palabras no estén así en el Evangelio, no podremos decir que no sea éste el pensamiento del mismo Evangelio, y que no sea esto lo que el Padre quería expresar con esas palabras entusiastas.

Todos conocemos y sabemos por experiencia lo orgulloso que un padre se siente con un hijo suyo que triunfa en los estudios, en el deporte, en el arte, en la política, en lo que sea... Lo orgulloso que está ese padre cuando el hijo es de buena condición, de magnífica conducta... Es el orgullo más legítimo de un hombre que es padre y ve retratadas en el hijo todas esas cualidades que él mismo se gloria de tener.

Pues esto, esto precisamente le ocurría a Dios Padre cuando contemplaba a Jesucristo.

A Jesús le llenaron de un gozo inexplicable las palabras del Padre en el Jordán. Y le estimularon sumamente a cumplir la misión, tan grandiosa, pero tan difícil también, de proclamar, instituir y dejar establecido el Reino de Dios. Y se debió decir también Jesús, al verse tan querido de Dios su Padre:

- *¿Por mi Padre?... ¡Por mi Padre lo hago todo! ¡Por mi Padre doy la vida!*

No fantaseamos si pensamos de este modo y si desarrollamos así la escena del Evangelio.

Lo importante es descubrir aquí el ideal y el plan de Dios sobre nosotros en Jesucristo.

Sabemos cómo Dios en el paraíso creó al hombre a su imagen y semejanza, en estado de inocencia y lleno de la gracia de Dios. ¡Qué hombre y qué mujer aquellos dos del paraíso!...

Pero, todo el plan de Dios se vino a tierra con el pecado, metido en el mundo por el maldito Satanás. Dios soñaba en el hombre y en la mujer como hijos suyos queridos, inocentes, amorosos, dóciles, felices..., ¡por algo les dio por morada un jardín!

Al pecar, el hombre se convierte en un rebelde. Asesina, como Caín. Profana el amor, como Lamec. Se corrompe en todos sus caminos, como los habitantes de la tierra en tiempos de Noé. Se degrada hasta lo más hondo, como los moradores de Sodoma...

Cuando escriba Pablo a los de Corinto les dirá cómo los encontró al anunciarles por primera vez el Evangelio:

- *Erais unos impúdicos, unos idólatras, unos adúlteros, afeminados, homosexuales, ladrones...* (1Corintios 6,11)

¿Los paganos de Corinto solamente, antes de convertirse? No. Así eran todos. Así era la Humanidad entera. ¿En qué había parado el plan de Dios, el ideal que se trazara sobre nosotros?... ¿Y cómo iba a reparar semejante catástrofe?...

La respuesta la tenemos en Jesucristo. El mal estaba hecho, y era cuestión de hacer un hombre nuevo, pero sacado del mismo tronco del hombre viejo. Por eso manda al mundo a su Hijo, hecho hombre en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. Con Jesucristo aparece entonces el hombre soñado por Dios:

- Piadoso, siempre pendiente de su Padre, en plegaria y en adoración continua.
- Obediente, siempre atento al querer de su Padre querido.
- Amoroso, sin dividir el corazón, entregado por entero a su Padre Dios.
- Intachable, jamás salpicado con una mancha de lodo.
- Trabajador, dado de lleno a perfeccionar el mundo que Dios nos confió.
- Cordial con los hombres, a los que hermana en el amor del Padre de todos.
- Perfecto en todo, pues se desarrolló de una manera armónica en todo sentido: físico, intelectual, psicológico, moral..., de modo que venía a ser el encanto de Dios y de los hombres. En Jesús vieron todos al tipo cabal del hombre completo.

Respecto de Dios, dice Jesús sobre sí mismo:

- *Yo hago siempre lo que a Él le agrada.*

Y respecto de los hombres, nos hará tener un amor igual que el suyo:

- *Amad, como yo os he amado.*

El que así amaba a Dios su Padre y murió por nosotros, nos mereció la gracia de Dios. Y Dios, desde entonces, desde que somos sus hijos en su Hijo Jesús, cuando nos ve revestidos con su Gracia, nos mira como hombres y mujeres nuevos, como hijos de los que se siente orgulloso. Porque nos ha convertido en santos, en inocentes, en amantes. ¡Qué más podemos querer, si así nos mira Dios!...

Dicen muchos pensadores que el hombre moderno se siente frustrado. Si así lo dice la gente sabia, vamos a decir nosotros también que sí.

Pero nadie nos puede quitar nuestro optimismo. ¿No podemos decir a los demás que Dios los ama, que los quiere unos santos? ¿No podemos decirles que pueden mirar a Jesucristo, y que pueden ser como Él? Si logran serlo, Dios va a decir de cada uno:

- *¡Pero, qué hijo, qué hija que tengo!*